

ENSAYO

La muerte, la violencia y lo sagrado. Muerte y psicoanálisis¹

(Rev APSAN 2021,1(2): 52-58)

Eduardo Caulier²

Sólo alcanzamos el éxtasis en la perspectiva, aún lejana,
de la muerte, de lo que nos destruye.

Georges Bataille

En los límites de la especulación, Freud arriesga una de sus tesis más controvertidas, más difícil de precisar: en un texto de 1920, *Más allá del principio de placer*, postula la existencia de una tendencia esencial, constitutiva, del ser humano a la muerte. No es la idea —propia de nuestra herencia cristiana o estoica, retomada por otros contemporáneos a Freud— de recordarnos que somos seres para la finitud, para la muerte; tampoco es simplemente lo que otros autores psicoanalíticos asociaron a una tendencia innata al odio, a la envidia, a la venganza —ese “pecado original” de la tradición judeo-cristiana—. Freud postula algo más inquietante: una fuerza, extraña, impronunciable, que empuja a los seres humanos a un exceso de muerte. En lo más íntimo de nuestra biología, de lo vivo, una tendencia a la muerte en esencia vinculada a la tendencia a la vida.

Palabras clave: Muerte, violencia, sagrado, transgresión.

¹ Aparecida una primera versión en *Ancla. Revista de literatura*, Año 1, N° 1, Stgo., verano 2007, págs. 40-43.

² edocaulier@gmail.com

Se podría entender, *evitar*, esta tesis explicándola como consecuencia de la época europea entre guerras en la que Freud la escribió, como un esfuerzo para justificar esa violencia, pero la cual sólo era resultado de un momento histórico, pero no constitutivo de lo humano — o producto de motivos personales, sus hijos muertos en la Gran Guerra. El *pesimismo* freudiano, del que también a veces se ha hablado, lo “pequeño-burgués” de sus planteamientos, etc. Se podría pensar que Freud simplemente habló de los residuos de “barbarismo” humano que todavía quedan por superar, su injusticia, su ambición sin medida, su egoísmo o individualismo extremo, patológico. Es decir, la muerte siempre como *mancha*, pecado de lo humano.

¿Pero cómo localizar en la actualidad esta tesis acerca de una tendencia a la muerte, en una cultura occidental que la evita cada vez con mayor extensión, a ella, la muerte? Recuerdo una conferencia de Jean Baudrillard (1993) en el Teatro Municipal de Santiago en que hablaba sobre la obsesión profiláctica actual de evitar la muerte, o la tesis de Michel Foucault (1976) en su *Historia de la sexualidad* de que el poder sobre la vida se ejerce en nuestros tiempos controlando y evitando la muerte. Ejemplos curiosos como las protestas contemporáneas rechazando la matanza de animales servidos como alimento o vestimenta; el control social del consumo de sustancias nocivas para la salud; la condena de las *adicciones*; la preocupación por la contaminación ecológica; la desaparición de las especies, etc. Profilaxis de la vida, exclusión y condena de todo tipo de *excesos*, los de las guerras, de la moral, de los goces.

Como si en la actualidad la prohibición sobre la muerte se multiplicara y extendiera a todos los órdenes sociales, como si la muerte no se tolerara incluso en sus manifestaciones más cotidianas. Pero la evitación y la condena no implican necesariamente la debilitación del deseo de muerte; como apuesta Michel Foucault (1976), quizá sea otro modo de controlar, someter la vida: lo que importa no es simplemente la actitud contemporánea hacia la muerte, sino la particular relación entre *vida y muerte* que, al transformarse, cambia también nuestra relación con la vida. El control y dominio sobre la vida se ejerce ahora como control *sobre* la muerte; lo que se exige como “derecho” a la vida, al cuerpo, etc., también se transforma en una estrategia de *sometimiento* sobre los individuos: «No hay que

asombrarse si el suicidio [...] llegó a ser una de las primeras conductas que entraron en el campo del análisis sociológico» (p. 147). Baudrillard (1993) advierte que una vida sin muerte, es decir, purificada del *mal*, se transforma, paradójicamente, en una vida embalsamada, momificada, muerta ya de antemano. «Sólo al precio de no vivir, de no gozar, de no morir, el hombre adquiere la certeza de sobrevivir» (p. 4). En el afán de sobrevivencia, de evitar la muerte, la pérdida, el ser humano sólo adquiere una muerte anticipada. La proliferación de la información, por ejemplo, conservando y archivando todo lo posible, que nada se pierda, que todo esté a disposición, etc., lleva a lo contrario, a que se vayan perdiendo las diferencias y homogeneizando las manifestaciones vitales, sociales o culturales, como en la proliferación metastásica del cáncer. Con esta especie de inmortalidad negativa, metastásica, relacionan Freud y Baudrillard la pulsión de muerte: la tendencia a una homeostasis inorgánica, a la ausencia de toda tensión vital. De ese modo, la evitación de la muerte conduce a otra muerte, a una eternidad inmutable en donde la muerte en cuanto *acontecimiento* ya no puede tener lugar.

En este sentido, un retorno a la homeostasis inorgánica quizás no vaya en contra del placer, del “principio de placer” como Freud lo define. Esta “búsqueda del *nirvāna*”, de la eliminación de toda tensión semejante a la muerte, no sería sino otra de las formas del placer. En ello Freud tenía razón, no se puede oponer la pulsión de muerte a la pulsión de vida, la vida en tanto *diferimiento*, desviación, rodeo de la muerte —siguiendo a Derrida (1980, pp. 269 - 274)³. El principio de placer, es decir, la vida, estaría al servicio de las pulsiones de muerte. A muchos psicoanalistas les costó leer estas últimas páginas del texto de Freud donde explicita esta conclusión —no se tolera eso de *la vida al servicio de la muerte*. Como si la muerte nos persiguiera hasta en nuestros intentos de escapar de ella.

Pero hay un *más allá* propio de la muerte que no es, hay que advertirlo, el de esa tendencia a lo inorgánico y homeostático, que buscaría la descarga de toda tensión vital. Para Freud, el problema que inquieta no es simplemente la muerte en sí sino un cierto principio, la existencia de una cierta economía —economía en términos de valores— que trastocaría nuestra propia experiencia de placer, de bien y de felicidad. El psicoanálisis, en todo caso, se funda en la problemática (o

³ El concepto de *diferimiento* remite a la *différance* derridiana, traducido como *diferancia* o *diferenzia*.

“

Pero hay un más allá propio de la muerte que no es, hay que advertirlo, el de esa tendencia a lo inorgánico y homeostático, que buscaría la descarga de toda tensión vital. Para Freud, el problema que inquieta no es simplemente la muerte en sí sino un cierto principio, la existencia de una cierta economía —economía en términos de valores— que trastocaría nuestra propia experiencia de placer, de bien y de felicidad.

incomodidad) del ser humano con su placer, con su deseo, con su bien —incluso con el bien que cree que es el suyo. El *más allá* del principio de placer no es el más allá de la muerte como ausencia de tensión. Pero a Freud le cuesta precisar la diferencia, como si le fuera imposible, prohibido, nombrar esa diferencia.

¿De qué muerte, entonces, se trata?

Es, finalmente, esa muerte que Freud encuentra en el origen de la cultura y la moral: el *asesinato del Padre primordial*. La tesis fundamental de Freud, del psicoanálisis, es la postulación de la necesidad de un mito sobre el asesinato del Padre primordial como fundamento de la moral, el *sacrificio* del dios necesario en todo mito cosmogónico, en toda génesis religiosa. Pocos psicoanalistas han podido seguir a Freud en la investigación de este enigma fundacional de la cultura. Pocos han podido seguir esta tesis acerca de esta *función* de la muerte para el ser humano. No sólo Freud se atrevió, no sólo el psicoanálisis, también Georges Bataille (1948, 1957). Este testimonio como un pequeño homenaje a su obra.

El mito del asesinato del Padre: expuesto por Freud en *Tótem y tabú*, de 1913, siguiendo tesis de los primeros antropólogos británicos, pero exigido por su trabajo en la investigación de la relación inconsciente entre el deseo y la culpa. Toda historia, personal o social tendría su fundamento en un acontecimiento mítico del sacrificio de quien cumple un rol de Padre originario, omnipotente, divino —en otras variantes es el *Hijo* el sacrificado. Que nuestro Padre de la Patria sea ese hijo ilegítimo que murió en el exilio, es ejemplo cercano de esta exigencia mítica.

Los acontecimientos fundacionales de la historia son acontecimientos míticos. Los hitos históricos con consecuencias fundacionales son aquellos que adquieren un sentido mítico, no por cómo ocurrieron sino por el sentido que se

le da en su narración para la posterioridad. La narración histórica nació de poetas; la investigación histórica actual, con tono cientificista, de buscar los datos “reales” (como en los actuales delirios de encontrar datos *reales* de las historias religiosas o míticas) sólo busca renovar el valor mítico de los antiguos relatos, al ser lo “científico” nuestro actual *estatuto* de lo mítico. Lo científico en la actualidad cumple la misma función que las narraciones míticas pasadas. El científico es nuestro actual poeta, nuestro actual *shamán*.

Asesinato mítico innombrable, pero que nos recuerda —y nos fuerza a olvidar— lo que de *sagrado* tiene la violencia. El fundamento de la violencia no es una supuesta manifestación de “brutalidad animal” de “barbarismo” o “impulsividad”, sino que proviene de una exigencia de la dimensión sagrada. Pero esta extraña tesis exige replantearnos la concepción platónico-cristiana que mantenemos sobre lo sagrado, y ampliar la mirada. El trabajo del antropólogo Marcel Mauss (1909) sobre este tema, continuado por Roger Caillois (1939) y Georges Bataille (1948) resultan claves. La violencia nos permite acceder a lo sagrado porque lo sagrado no sólo es aquello puro y de bondad, sino también la trasgresión y la violencia de lo divino. Según estos autores, lo sagrado se genera a partir de prohibiciones que establecen una diferenciación entre un mundo de lo profano, de lo permitido y de los límites, y un mundo de lo sagrado, *purificado* de lo profano gracias a las prohibiciones (tabúes). Pero lo sagrado no es sólo lo prohibido, sino también —leyes de lo divino— la *trasgresión* y lo *impuro*: es el mundo de lo *sacrílego*. Lo *sagrado* se manifestará a través de estos dos aspectos: lo santo y lo sacrílego. Lo *profano* será el mundo de los límites y del trabajo, de la medida, del *cuidado*; el mundo de la reserva y de la procuración; el mundo del gasto o goce limitado, gasto calculado con vistas a la conservación y al *beneficio*. Es el mundo de la adaptación y de la ecuación costos/beneficios. En cambio, el mundo sagrado será aquel de lo prohibido y de su trasgresión, pero también el de la *desmesura*, del *exceso* sin límites; del gasto o consumo sin medida, como *derroche* o lujo improductivo, sin reservas, sin utilidad. Sólo hay violencia en la medida en que hay la trasgresión de un límite sagrado; y en esa trasgresión se atraviesa del mundo de lo profano,

⁴ El concepto de “erotismo” o de la “*parte maldita*” en Bataille, también remiten a lo *dionisiaco* en Nietzsche.

del límite y la reserva, al mundo de lo sagrado y de su exceso. No sólo lo santo se diviniza sino también lo sacrílego —por ello se veneran como santos a grandes criminales. Lo cual responde a la ancestral ley de lo sagrado, como nos recuerda Bataille (1957) en *El erotismo*⁴, y como queda implícito en el *más allá* del placer de Freud.

Producto de la cultura platónico-cristiana, se ha ido trastocando y restringiendo el sentido de “lo sagrado”, reduciéndose sólo al aspecto de pureza y bondad, siendo rechazados lo impuro, la violencia y el exceso divinos del ámbito de lo *sacro*. Se intenta presentar el mundo de “lo sacrílego” como algo *opuesto* a lo sagrado y no como parte constituyente de él. La imagen de lo sagrado queda limitada a lo santo, al Dios platónico del Bien. La trasgresión y el exceso divinos son transformados como *Mal* del mundo profano. Todo exceso, toda voluptuosidad queda relegada al ámbito del pecado, de la patología, de la anormalidad; y se ha forzado asimilarles un carácter “mundano”, que permita negar su origen divino. Pero esta ruptura de la unidad de lo sagrado ha implicado consecuencias negativas: lo religioso ha ido perdiendo la capacidad de evocar la presencia sagrada, por un lado, y también ha ido disminuyendo la creencia en el poder del Mal, del pecado divinos. La separación entre sagrado-puro e impuro-profano ha vuelto profana a su vez a lo religioso: los representantes de lo divino deben ser cada vez más seculares, más “cercaños” al mundo profano. Como contraparte, se necesita en mayor medida el Mal como vía de acceso a lo sagrado, incluso aspectos menores de lo sagrado aparentemente profanas —como las competencias deportivas— comienzan a cumplir la función de manifestación sagrada, asumiendo los roles ancestrales del sacrificio y la violencia.

Lo que Freud no pudo pronunciar sino en los límites de su especulación, que son ese “más allá” del placer y ese mito primordial, Bataille logra precisar, nombrar: es esa muerte sagrada en tanto violencia, *exceso*, *trasgresión* de lo prohibido, que está *más allá* del mundo medido, *cuidadoso*, previsor que es el mundo profano, mundo que sólo puede existir en la exclusión de ese exceso mortal de lo divino. Es esa muerte la que sigue atrayendo *a la vez y en tanto que* nos horroriza. Porque ese exceso de muerte, lo mismo que la sexualidad prohibida, es manifestación de vida, de plenitud del ser:

El ser nos es dado en una superación intolerable del ser, no menos intolerable que la muerte [...] porque el ser ya no está en nosotros más que como exceso, cuando coinciden la plenitud del horror y la del gozo (1957, p. 274).

Referencias

- Baudrillard J (1993). «Sobrevivencia e inmortalidad», en *Revista de Estudios Públicos*, vol. 51, pp. 2-19. Santiago.
- Bataille G (1948). *Teoría de la religión*, Ed. Taurus, Madrid, 1975.
- (1957). *El erotismo*, Ed. Tusquets, Barcelona, 2ª ed. (col. Ensayo), 2000.
- Caillois R (1939). *El hombre y lo sagrado*, Ed. FCE, México, 2ª reimp., 1996.
- Derrida J (1980). *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, Ed. Siglo XXI, México, 2ª ed. aumentada, 2001.
- Foucault M (1976). *Historia de la sexualidad, volumen 1. La voluntad de saber*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 10ª ed. corregida y revisada, 2005.
- Freud S (1913). "Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos", en *Obras completas* tomo XIII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, pp. 1-162.
- (1920). "Más allá del principio de placer", en *Obras completas* tomo XVIII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, pp. 1- 62.
- Mauss M; Hubert H (1909). *El sacrificio. Magia, mito y razón*, Ed. Las Cuarenta, Buenos Aires, 2010.